

## EL QUE HABLABA A DIOS

"Ninguna voz angelical le habló desde las alturas"  
(Joseph Conrad, *Las hermanas*).

### I

**E**N aquella fría aula, fría a pesar de la antigua estufa lateral revestida de azulejos de Triana, especialmente fría cuando sobre la montera de cristales caían las lluvias inacabables del otoño, inició su vida pública Lorenzo Hierro, ciudadano de seis años de edad.

El joven ciudadano Lorenzo Hierro embarcó muy de mañana en el estupear, de la mano de su madre y por calles desconocidas, hasta llegar a un caserón de portada pétrea, cuyo imponente zaguán en penumbra abocaba a una severa cancela. Creció su pasmo cuando un anciano alto y seco, de nariz ganchuda y botones plateados, abrió la reja negra dándole paso a un gran patio con losas de mármol blancas y grises, enmarcado por altas columnas que se presentían heladas. El conserje mostró a Lorenzo y a su madre una puerta de cristal esmerilado por la que se entraba, salvando un leve peldaño, a una habitación estrecha y larga en la que la falta de luz natural obligaba a mantener constantemente encendidos grandes globos que pendían del techo.

En aquella estancia de atmósfera densa y cálida varias personas nunca vistas se ocupaban en cometidos indescifrables. La madre se dirigió a una mujer de pelo rojizo, dientes salientes y gafas de espesos cristales que apenas dejaban ver unos ojos minúsculos. Aquella mujer llevaba un reloj plateado y se sentaba ante una mesa repleta de cuadernos y papeles. Con una gruesa estilográfica verde escribía las cosas que le decía su madre: cómo se llamaba él, cuántos años tenía, cómo se llamaban sus padres, dónde vivían. Un hom-



bre con bigotito recortado escribía a máquina en una mesa más pequeña, envuelto en el humo azul de su cigarro: este hombre llevaba en un bolsillo de la chaqueta varios lápices y no condescendía mirar a su alrededor. Luego había un muchacho larguirucho, que por lo menos debía de tener diecisiete años, que se afanaba en trasladar carpetas de un lado a otro y de vez en cuando hacía alguna pregunta a la señora de los cristales gruesos. Era evidente la importancia de aquellas personas tan serias y aplicadas, tan poco predispuestas a la risa o al juego. Dentro de la habitación había otra puerta, que permanecía cerrada aunque dejaba oír el sonido apagado de una voz.

Nunca en su vida había padecido el joven ciudadano Lorenzo Hierro una situación tan inexplicable; y nunca había sentido tanta desconfianza, tanta hosquedad y tantas ganas de salir corriendo.

La desconfianza se trocó en miedo y el miedo se hizo pavor con premura cuando Lorenzo confirmó con certeza lo que hasta entonces sólo era inquieto presentimiento; cuando advirtió que su madre tenía el propósito de dejarle en la enorme casa desconocida, entre las altas columnas de mármol, la fría entrada de piedra, las carpetas azules, las luces eléctricas sobre las mesas de aquellas personas importantes y neutras, la voz opaca tras la puerta cerrada, las gafas a cuyo través miraban unos ojillos azules llenos de severa superioridad, la pluma verde, tan importante...

Cuando el hombre con chaqueta de botones de plata le dio la mano huesuda y empezó a subir con él la amplia escalera que llevaba al primer piso, después de que su madre le diera un beso y se alejara con torpeza y precipitación inusuales, el ciudadano Lorenzo Hierro, ignorante de que ya era el Alumno número de matrícula 376, clase 1-A de la Escuela del Divino Pastor, aprendió de golpe y amargamente que era inútil llorar, que no podía seguir a su madre y que una fatalidad que le sobrepasaba le conducía a través de la inmensa escalera silenciosa, a lo largo de los pasillos con ventanas abiertas al patio, en los que se izaban, cosa nunca vista, percheros repletos de prendas de abrigo.

El conserje abrió una puerta, y Lorenzo se encontró en la fría aula de techo acristalado, llena de niños sentados en pupitres de madera y en la que flotaba un desagradable olor dulzón, amalgama de agua de colonia y aliento infantil. Al fondo de la clase había una mesa, y detrás de ella una señora de rostro muy blanco, sin pintar, vestida de oscuro. Sobre su cabeza colgaba un cuadro que representaba a Dios Nuestro Señor, con su barba y su larga



melena, con los brazos abiertos, la túnica azul celeste y el rojo corazón en llamas. Lorenzo pensó que Dios sí podría librarle de aquella horrible habitación llena de murmullos malignos y aroma indeseable, y así se lo pidió en voz muy baja, clavando sus ojos asustados en el rostro arbolado que sonreía plácido desde la pared, a pesar de las delicadas manos llagadas.

Pero sólo ocurrió que el conserje le condujo hasta la pálida señora, y que ésta le miró con fijeza y luego le ordenó que se sentara en un banco del final de la clase. El hombre viejo de gris, que ya casi era un poco amigo, salió del aula con sus botones de plata y su nariz ganchuda, y entonces Lorenzo sintió una cierta náusea en el mar de cabezas desconocidas, víctima de tantas miradas descaradamente ávidas, y se mordió las uñas para no llorar.

## II

La clave 4-C no daba al patio sino a un jardín de dos alturas, con palmeras y plantas que brotaban de arriates de ladrillo policromo. Los dos planos del jardín se comunicaban por una estrecha escalera de hierro; en la zona más baja había una fuente octogonal que nunca había tenido agua, y cuyos azulejos mostraban las huellas de muchos juegos de niños, de muchas aventuras: la fuente había sido, sobre todo, barco de guerra, pero también avión americano, coche de carreras, submarino japonés y gruta de piratas.

Desde la ventana de la clase podía verse el jardín, y, sin necesidad de asomarse, eran patentes los troncos añosos de las palmeras, las ramas de los naranjos y el cielo de azul firmísimo, duro, sin una nube.

Era el mes de junio y Lorenzo cumpliría pronto los diez años; por eso había llegado la hora trascendental del Examen de Ingreso al Bachillerato. Subía del jardín el olor a azabar, que por mucho tiempo fue para Lorenzo el olor de los exámenes de fin de curso. Subían del jardín también risas finas y cantos de niñas durante el recreo: Arroyo claró, fuente serená. Delante de Lorenzo reposaba el plumier abierto, mostrando lápices, gomas y un sacapuntas de acero inoxidable del que estaba justamente orgulloso. También se encontraban sobre el pupitre, cuya tapa se levantaba para alojar la cartera y el bocadillo de mortadela, la regla milimetrada y el frasquito de tinta azul-negra. Es verdad que cada pupitre tenía su tinterillo de plomo incorporado, pero también lo es que la tinta del colegio era de mala calidad, aguada en



exceso y propensa a correrse cuando el papel no era terso; además, nadie ignoraba que el fondo de los tinteros servía de depósito de moscas desaladas, dados de tiza y bolas de papel mascado. Por eso, todo alumno medianamente aplicado tenía buen cuidado de traer consigo el tintero de casa en la ocasión solemne de los exámenes de fin de curso.

Así es que, puesto que olía a azahar y Lorenzo tendría pronto diez años, allí estaba, sobre el pupitre, el tintero de las grandes ocasiones, guardado con mimo en su cajita de cartón. Allí estaban también las plumillas de los momentos decisivos; no las de diario, de dorso abombado como un escarabajo, sino las de corona, levemente doradas, y aquellas otras en forma de cuatro, de trazo finísimo. Y allí estaba el palillero, o manguillero como decía la abuela de Lorenzo con extrañeza de éste, de mayor ceremonial, aquél de dibujo jaspeado en el que los plumines quedaban perfectamente ensamblados, sin peligro de que oscilaran o se desasieran.

Lorenzo había concluido el ejercicio de dictado, complacido y suficiente, tanto por la claridad y limpieza de su letra como por la orgullosa seguridad de no haber cometido falta alguna: había terminado también la estúpida cuenta de dividir y estaba confirmando el resultado con la prueba del nueve. En ese momento, cuando quedaban poco más de cinco minutos para el final del examen, un inexplicable movimiento brusco de su mano izquierda vertió el tintero sobre el folio de cuidadosa caligrafía. Anonadado, vio cómo en un instante un ancho río negro atravesaba de parte a parte palabras y cifras, con el efecto destructor de una maldición. La tinta proseguía su curso por el pupitre y se estrellaba en densos goterones contra el suelo. El ciudadano Lorenzo Hierro levantó los ojos espantados hacia la imagen del Divino Pastor demandando el milagro, pidiendo contrito que el horrible suceso fuese sólo un sueño. Pero el rostro beatífico mantenía su mirar complacido, perdido en la lejanía, ajeno al reino de este mundo. Y el negligente examinando hubo de pagar su culpa quedándose sin vacaciones y repitiendo suerte en septiembre, esta vez con un tintero de forma horizontal que el dueño de la papelería le ponderó como absolutamente inderramable.

### III

May de tarde en tarde, había en el colegio, con carácter de acontecimiento muy extraordinario, funciones de cine. Se acondicionaba para ello una de las grandes aulas de la planta baja, cuyas ventanas se cubrían al efecto con corti-



nas de hule negro. Las películas trataban de regiones exóticas, de la vida en el polo norte o en el desierto del Sahara, y también de cómo se hace un periódico o cómo es una fábrica de automóviles por dentro. Las escenas culminantes —por ejemplo, cuando la serpiente boa se tragaba un conejo entero, o cuando un pequeño esquimal acariciaba a una foca— eran invariablemente coreadas con entusiasmo por los jóvenes espectadores. En una ocasión se proyectó una película sobre los tres mosqueteros y al hacerse inminente el beso de D'Artagnan a una hermosa dama, el contable del colegio, que actuaba como operador, tapó con la mano el foco; tal manipulación censoria levantó un gran abucheo, más divertido que indignado, del regocijado público.

Al ciudadano Lorenzo Hierro, aplicado alumno de tercero de Bachillerato, le producía un escalofrío de felicidad el anuncio de una función de cine en el colegio. No era sólo que se suprimiesen las clases de la tarde —latín, de tres a cuatro; geografía de cuatro a cinco— tan soporíferas; era que se encendían señales dormidas, impensadas, que convocaban a fiesta, a traje de los domingos, a peinarse con colonia y unas gotas de fijador, a ponerse las medias de sport más nuevas, las que llevaban elástico incorporado para evitar su caída.

La función de cine era el prodigio, el milagro de ir al colegio sin cartera ni libros, sin temor pequeño ni grande a no acordarse de los lagos canadienses o a no lograr descifrar para qué había enviado César mensajeros tras —ablativo absoluto— haber instalado su campamento al lado de un río; era el prodigio de ir al colegio para admirar, envuelto en la alegría completa, los gorilas africanos, los tigres de Bengala o los peces del acuario de Montecarlo. Había gran diferencia entre ver cine en el colegio y en una sala comercial; ver convertido el destino de un aula en casi su contrario producía una gozosa revancha del espíritu. Se podía hablar y reír francamente, y hasta los profesores más distantes mostraban un poco de humanidad.

La delicia completa ocurría cuando la sesión de cine tenía lugar en un día de lluvia; entonces, a la gran novedad de los paisajes y animales raros se unía un plus de aventura que brotaba de los complementos inusuales: los paraguas, que siempre era divertido abrir y cerrar e incluso hacer girar como una peonza, las botas de agua de goma negra y charolada, con las que se podía chapotear sin riesgo en los charcos más profundos, los vistosos impermeables de colores...

En una de esas tardes lluviosas de cine llamó el amor por primera vez al corazón de Lorenzo. Se proyectaba un documental sobre los castillos del Loira



cuando un leve impermeable de plexiglás azul resbaló del respaldo de una silla de delante deslizándose hasta sus rodillas. La dueña del plástico y el afortunado receptor cambiaron en la semioscuridad palabras de disculpa, de cortesía, sonrisas, ademanes de sorpresa, todo en unos segundos. El tacto del plexiglás era suave, del todo armónico con las trenzas sedosas de su dueña en las que la luz pálida del proyector despertaba brillos de cobre. Con ansiedad anhelante esperó Lorenzo que apareciese el rótulo de "FIN", mientras ensayaba para sus adentros frases y gestos con los que abordar a la muchachita. Cuando se hizo la luz en la sala y se encontró con los hermosos ojos de la niña, risueñamente agradecidos, buscó sonrisas, palabras, ademanes amistosos, mas se halló vacío. Un tropel de ruidosos compañeros que buscaban precipitadamente la salida le separó de la muchacha del impermeable azul. Humildemente, pidió al buen Dios auxilio para remediar su indigencia, e impetró, mientras perseguía con los ojos las trenzas con reflejos de cobre, la ayuda divina para alcanzar la decisión y la conducta apropiadas. La siguió a distancia hasta la parada del tranvía, entre una fina niebla que tamizaba las luces de los coches; por un momento, le pareció que ella se volvía a mirarle furtiva. Las palabras y los gestos precisos no llegaban, sin embargo. Ofreció en voz baja a Nuestro Señor sacrificios, le formuló rotundas promesas, a cambio de decisión y palabras que no llegaban. Se apartó un poco para eludir la luz de una farola y buscó en su pecho, en un último esfuerzo desesperado, el valor. El renqueante tranvía amarillo se detuvo un instante, mientras él esperaba todavía, en vano, un acto de resolución; luego, reanudó la marcha dejando atrás la parada vacía.

El ciudadano Lorenzo Hierro contempló el tranvía que se adentraba en la oscuridad sobre los raíles de acero brillante; al fin, se alisó el pelo con torpeza y emprendió el regreso a su casa. Por el camino, con los pies fríos sobre las losas húmedas y las manos taciturnas en los bolsillos, decidió que nunca más le hablaría a Dios.

